

1

*J*ames, lord Kirkland, era propietario de una flota naval y de la mitad de una casa de juegos muy en boga y, además, era un espía terriblemente eficaz en la guerra encubierta entre Gran Bretaña y la Francia de Napoleón. No solía permitirse excesos...

Hasta que los negocios lo llevaban a la ciudad portuaria de Bristol, como hoy. Se reunió con el capitán de su embarcación, descifró la carta que este le había entregado y la entregó a un correo para que la llevara a Londres sin dilación. Después, dijo a su ayudante que se marchara, que prefería volver caminando a la hostería.

La soleada y cálida tarde de primavera hacía que aquella opción fuera plausible, aunque ni la lluvia, ni el hielo, ni la nieve lo habrían detenido. Durante aquellos breves instantes, no pensaría en sus negocios, ni en su trabajo encubierto, ni en los posibles desenlaces indeseados de varios planes, ni en las amenazas potencialmente letales para sus agentes. En lugar de eso, recordaría y lloraría por lo que había perdido.

Se había pasado el día haciendo negocios a bordo y las temperaturas se habían ido caldeando. Si hubiera estado solo, se habría quitado la chaqueta y el sombrero, y habría trabajado en mangas de camisa. Bueno, dentro de nada estaría en la hostería.

Ahora se atormentó un poco pensando que ella vivía a unas pocas calles de allí. Saboreó la agri dulce sensación de que podría llamar a su puerta en dos o tres minutos.

Incluso puede que abriera ella, porque nunca le habían gustado las formalidades, y volverían a estar cara a cara. ¿Se habría oscurecido su brillante pelo de color cobre? Y sus ojos empañados, ¿serían azules o grises?

Hizo una mueca porque sabía que, cuando lo viera, aquellos ojos grises estarían llenos de rabia y decepción. Y justamente por eso no giraría por la calle que llevaba a su casa. Le había dicho que no quería volver a verlo, y él había jurado que así sería.

A veces, su mente de sofista jugaba con aquella idea. Le había prometido que no volvería a verlo, pero ¿podía mirarla desde algún escondite? Aunque era consciente que mirar jamás sería suficiente...

No siguió por ahí, porque así se volvería loco.

«Maldita sea.»

¡Hoy hacía mucho calor! Se estiró el pañuelo del cuello porque estaba sofocado. Y entonces, mientras se apoyaba en la pared del edificio que tenía al lado, se dio cuenta de que estaba sufriendo un ataque de malaria. Ahora eran muy poco frecuentes, pero a veces, casi siempre en el momento menos oportuno, la fiebre volvía a aparecer.

Tenía que volver a la hostería. Allí tenía corteza de jesuita para bajar la fiebre. No tardaría más de diez minutos. La cabeza le daba vueltas y giró por el callejón que lo llevaría hacia allí.

Se detuvo a medio camino porque no reconocía los edificios que se veían al otro lado. Se había equivocado; debía de haber andado más de lo que creía. Con cierta inestabilidad, dio media vuelta y empezó a desandar el camino.

Mareado, se detuvo para apoyarse en la pared y dio gracias de que el ladrillo de la pared estuviera fresco. La hostería. ¡La hostería! ¿Cómo se llamaba? ¿El Barco? ¿La Ostra? Maldición, ¿cómo se llamaba? Se había hospedado allí muchas veces.

Se empujó contra la pared para enderezarse y volvió a dirigirse hacia la entrada del callejón. Mantuvo una mano pegada a ella para mantener el equilibrio, pero, al poco rato, cayó de rodillas y le costaba respirar. Tenía que ponerse a salvo. Tenía que regresar a la hostería, o a su barco, que todavía estaría en el puerto.

De repente, el callejón se oscureció y vio que se acercaban dos hombres.

—Por favor —dijo, con la respiración entrecortada—. Necesito ayuda...

—Anda, mira esto —dijo una voz con el acento típico del sudoeste de Inglaterra—. Un pichón a punto para que lo desplumen. Y borracho como un lord.

—A lo mejor sí que es un lord —se carcajeó su compañero—. ¡Mira esa ropa! Seguro que va cargado de dinero. Esa chaqueta valdrá una fortuna.

Kirkland maldijo por dentro. Normalmente, podría encargarse de dos gamberros como esos sin despeinarse, pero ahora mismo incluso un gato callejero podía derribarlo.

Aún así, sus buenos reflejos reaccionaron cuando una mano rugosa lo agarró del brazo y lo levantó para que el otro hombre pudiera quitarle la chaqueta. Kirkland se liberó y le dio una patada en la rodilla al asaltante, que retrocedió pasmado.

—¡Cabrón! —maldijo el hombre, furioso—. ¡Lo lamentarás!

Lo atacaron los dos a la vez, soltando las peores palabrotas imaginables. Kirkland consiguió conectar varios golpes, pero enseguida lo redujeron y lo tiraron al suelo. Una bota se dirigía con rabia hacia su cara. Intentó rodar por el suelo para evitarla, pero la pared se lo impidió. La bota le rozó la cabeza y, por suerte, todo se quedó a oscuras.

El horario de la enfermería había terminado y Laurel Herbert estaba disfrutando de la tranquilidad. Esa tarde no había venido mucha gente. Era una suerte, porque Daniel no estaba y ella no era médico, a pesar de que había aprendido mucho después de trabajar tantos años en la enfermería.

Betsy Rivers, su ayudante, había ido a visitar a su abuela enferma, así que tenía la casa para ella sola. ¡Y lo cierto es que se respiraba una deliciosa paz!

Se preparó una taza de té y, mientras dejaba que se reposara, se soltó el moño. Cuando el té estuvo preparado, se lo llevó arriba, a la sala de música, donde la esperaba su piano, un maravilloso Broadwood.

Y también la esperaba su gato, *Sombra*. El animal estaba durmiendo en una silla, levantó la cabeza, parpadeó con aquellos ojos dorados, y

volvió a esconder el hocico debajo de la cola. Era una compañía muy agradable, y a ella le encantaba.

Se sentó en la banqueta y dejó el té a un lado para que se enfriara. ¿Qué tocaría? Estaba aprendiendo una pieza nueva de Mozart, pero como estaba cansada, los dedos decidieron acudir a su sonata favorita de Beethoven. La música era el alimento del alma y, a pesar de que aquella música le traía muchos recuerdos, le encantaba el poder sereno que tenía.

Justo cuando había terminado el movimiento del *adagio*, oyó que estaban llamando a la puerta de la enfermería. Sonrió con tristeza y bebió un gran sorbo de té antes de bajar a abrir. Debería haber sabido que la paz y la tranquilidad no durarían eternamente. La enfermería Herbert nunca rechazaba a nadie y, como vivía en el piso de arriba y esa noche estaba sola, tenía el deber de atender la puerta.

Meramente por un asunto de dignidad, se anudó el pelo. No duraría demasiado, pero, mientras tanto, parecería más madura y responsable.

Abrió la puerta y se encontró con dos estibadores del puerto que acudían a misa al templo de su hermano. Traían a un hombre inconsciente en calzoncillos y con una camisa rota y ensangrentada.

—Lo siento, señorita Herbert —dijo el más alto, Potter—. Hemos encontrado a este hombre apaleado en un callejón y hemos pensado que usted podría atenderlo.

—Por supuesto. Han hecho bien en traerlo.

Retrocedió para que pudieran entrar. El hombre herido tenía la cabeza colgando hacia abajo y el pelo oscuro le tapaba la cara, pero parecía fuerte, y eso siempre ayudaba a la hora de la recuperación.

Mientras lo llevaban hasta la sala de curas más cercana, Larkin dijo:

—El pobre tiene mucha fiebre. No será la viruela, ¿verdad?

—No veo ningún síntoma de viruela —lo tranquilizó Laurel—. La fiebre tiene muchas causas.

La sala de curas tenía una buena luz natural y una mesa amplia y acolchada en el centro. Los armarios empotrados servían para guardar el instrumental, las vendas, las sábanas y demás objetos.

Los estibadores dejaron al hombre en la mesa con una delicadeza sorprendente, y lo colocaron bocabajo. Laurel frunció el ceño mientras analizaba los daños. Estaba lleno de moretones y laceraciones, pero no había ninguna hemorragia grande ni huesos rotos, aparentemente. Además, respiraba de forma normal.

Si no tenía ninguna herida grave en la cabeza... Deslizó la mirada hasta la cara. Tenía unas facciones fuertes, los pómulos angulosos... Contuvo el aliento y, de repente, se vio invadida por una debilidad helada.

—¿Lo conoce, señorita? —preguntó Potter.

Laurel intentó recomponerse y le sorprendió lo calmada que sonó su voz.

—Es... lord Kirkland. Un amigo de la familia. Mi hermano y él fueron juntos al colegio.

Larkin se rascó la cabeza.

—Si es un lord, seguro que habrá alguien buscándolo. ¿Había venido a visitarla?

—No. Tiene una compañía naval, así que debe de estar en Bristol por negocios —dijo, todavía con la misma calma poco natural—. De pequeño, sufría paludismo y, a veces, reaparece. Si es el caso, su buena obra no reviste peligro.

Potter preguntó:

—¿Necesita que la ayudemos, señorita Herbert?

Como suponía que debían de tener ganas de volver a casa y cenar, meneó la cabeza.

—No, examinaré a lord Kirkland para ver si las heridas son graves. Si necesita un médico, avisaré a alguien de Zion House para que vaya a buscarlo. —Sonrió—. Señor Potter. Señor Larkin. Hoy han sido unos buenos samaritanos.

Agradecidos por aquellas palabras, los hombres inclinaron la cabeza y se marcharon. Laurel echó el cerrojo y se apoyó en la puerta, temblorosa. ¿Podría haberse equivocado? Llevaba años viendo destellos de James Kirkland en otros hombres.

No, lo reconocería incluso de noche en una mina de carbón. Irguió la espalda y volvió a la sala de curas para atenderlo. Ahí tendido, parecía

extrañamente vulnerable. Joven. Lejos del chico enigmático y formidable que ella recordaba.

James, lord Kirkland. Rico a más no poder, que una vez fue el mejor amigo de su hermano y el hombre más peligroso que había conocido.

James, el marido al que había abandonado hacía diez largos años.

2

Kirkland luchó contra la agonizante oscuridad, consciente de que era un ataque febril. Siempre que tenía fiebre y soñaba con Laurel, todo era mucho más real. Lo invadieron recuerdos de su mujer con una intensidad hipnótica.

No olvidaría la noche en que se conocieron aunque viviera cien años. El hermano mayor de Laurel, Daniel Herbert, había estudiado en la Academia Westerfield un curso por debajo de él. Daniel no había ido a parar allí por mal comportamiento, porque era un modelo de educación y disciplina.

No obstante, a sus padres les preocupaba que fuera demasiado religioso. Un caballero inglés decente tenía que ser un hombre de fe, pero demasiada fe era... impropio.

Y lo peor era que Daniel se sentía atraído por sectas reformistas como los metodistas, y a sus padres no les parecía que la sociedad necesitara reformarse en ningún aspecto. Habían enviado a su hijo a lady Agnes Westerfield creyendo que la hija de un duque se aseguraría de que sus estudiantes recibieran una buena educación anglicana.

Y, hasta cierto punto, tuvieron razón. Los estudiantes tenían que asistir a servicios religiosos semanales, pero no se los obligaba a seguir ninguna religión en concreto. Lady Agnes Westerfield, que había viajado mucho, creía que la iglesia anglicana no era el único camino hacia el cielo.

Él y Daniel Herbert se hicieron amigos cuando descubrieron su pasión mutua por la ética, la moral y la filosofía hasta unas profundidades que ahuyentaban a los demás estudiantes. Daniel tenía un punto de vista más religioso y espiritual mientras que él se inclinaba más por filó-

sofos como Locke y Voltaire. Las conclusiones de ambos acerca de la justicia y la moral solían ser las mismas, aunque llegaban por caminos distintos.

Aquellas conversaciones tan estimulantes continuaron varios años, porque de la Academia Westerfield pasaron a Oxford. Y cuando él terminó su paso por Balliol College, en Oxford, Daniel lo invitó a la casa de la familia Herbert en Bristol.

Debido a las carreteras enfangadas, llegaron muy tarde a Belmond Manor, cuando ya todos se habían retirado. Daniel lo acompañó hasta una de las habitaciones de invitados y luego se dirigió hacia la suya entre bostezos.

A pesar de que la habitación era muy agradable, a él le costó dormirse. Cuando ya casi estaba cansado de dar vueltas, oyó música. Alguien estaba tocando a Beethoven en el piano justo debajo de su habitación. Le encantaba la música y sabía tocar el piano, pero la persona que lo hacía abajo era extraordinaria.

Entonces le picó la curiosidad, así que se puso las zapatillas y una bata y siguió el sonido de aquella música encantadora. Abajo, abrió la puerta de la sala de música y vio a Laurel Herbert por primera vez.

Estaba sentada al piano y su rostro delicado iluminado por unas cuantas velas. Se parecía mucho a Daniel en la cara y el color del pelo, y era tan preciosa que le dolió el corazón. No tenía uno de esos aspectos llamativos que hacían que todo el mundo se volviera a su paso, pero cuando la vio, no pudo apartar la mirada.

Cuando se abrió la puerta, ella levantó la cabeza. Sus grandes ojos eran de un color gris azulado y la gruesa trenza que le caía sobre un hombro desprendía la lustrosa calidez del bronce.

En cuanto sus ojos se encontraron, una intensa energía se desató entre ellos, como un relámpago silencioso. Cada fibra del cuerpo de Kirkland despertó.

Durante varios segundos, ella permaneció con las manos en las teclas y los ojos muy abiertos. Y entonces, se levantó y rodeó el piano para saludarlo. Aunque él sabía que Laurel todavía no tenía los dieciocho años, desprendía una serenidad extraordinaria a cualquier edad.

—Usted debe de ser lord Kirkland, el amigo de Daniel. —Sonrió y le ofreció la mano. Era alta y elegante como un cervato—. Bienvenido a Belmond Manor, milord.

—Llámeme James.

Cuando la tomó de la mano y la miró a los ojos, se sintió invadido por una gran calidez y paz, sensaciones que alcanzaron puntos de su cuerpo que habían estado dormidos toda su vida. Calidez y transparencia eran la esencia de Laurel Herbert y, mientras le daba la mano, tuvo la absurda certeza de que querría a esa mujer hasta el día que muriera.

*L*auel había atendido a pacientes de todas las edades, razas y géneros a lo largo de los años, así que podía atender perfectamente a su marido, del que estaba separada. O eso es lo que se decía a sí misma, a pesar de que le temblaban las manos mientras preparaba una infusión de corteza de jesuita y la dejaba reposar para curarle las heridas.

Si hubiera sido un extraño inconsciente, le habría quitado toda la ropa, pero con James... no podía. Era un hombre terriblemente hermético y ella, menos que nadie, no tenía ningún derecho a invadir esa privacidad. Así que lo examinó extremidad por extremidad, comprobó que todos los huesos estaban intactos y lavó todas las heridas y rasguños antes de continuar.

Una vez conoció tan bien ese cuerpo...

«¡No!»

Cortó esos pensamientos y se concentró en la herida superficial de la cabeza, la principal responsable de las manchas de sangre de la ropa. Estaba más delgado de lo que recordaba; era todo músculos y huesos. Seguro que había estado trabajando muy duro. A pesar de su hermetismo, se lo comían los nervios. Como una vela que arde por los dos extremos...

Volvió a cortar esos pensamientos. Puede que estuviera lleno de moretones, pero, aparte de la fiebre, su estado era bueno. Sin embargo, cuando se despertara tendría un buen dolor de cabeza.

Cuando terminó de limpiar y curar las heridas, la corteza de jesuita ya estaba lista. Sirvió un poco de aquel líquido amargo en una taza y le echó una buena cucharada de miel.

Cuando ella le colocó unas almohadas debajo de la espalda para incorporarlo, él se resistió un poco, pero Laurel pudo darle la bebida con una cuchara. Aunque él hizo una mueca ante aquel sabor, seguro que reconoció que era una medicina necesaria, porque no se apartó. Y en cuanto vio que tragaba bien, le acercó la taza a la boca para que bebiera directamente.

Cuando la taza estuvo vacía, la dejó a un lado. Tenía que encender las lámparas, porque estaba anocheciendo. Al levantarse, él le agarró la mano y le dio un beso que pareció que le escaldaba los dedos. Ella apartó la mano, pero no pudo bloquear la oleada de recuerdos de la noche en que se conocieron.

Daniel hablaba de Kirkland a menudo, de modo que ella dedujo que el amigo de su hermano debía ser un joven interesante y muy inteligente. Sin embargo, nunca se hubiera imaginado aquella fascinante y oscura intensidad cuando abrió la puerta de la sala de música.

Levantó la mirada y quedó prendada por aquellos ojos de color azul intenso que parecían ver a través de ella. Y si se levantó para saludarlo, no fue por buenos modales, sino porque necesitaba estar más cerca de él.

Se saludaron y se presentaron. Cuando ella le dio permiso para que la llamara Laurel, él hizo una reverencia y le besó los nudillos, un gesto curiosamente formal teniendo en cuenta las circunstancias.

Se le aceleró el pulso. Kirkland la fascinaba, y parecía que ella le provocaba lo mismo a él, aunque no entendía muy bien por qué. Ella era una chica normal sin experiencias ni talentos extraordinarios. Sin embargo, cuando él la miraba, se sentía única y preciosa.

Cuando se lo pidió, siguió tocando el piano mientras él se sentaba en la banqueta junto a ella y pasaba las páginas de la partitura. A pesar de que no se tocaron, lo tenía tan cerca que sentía el calor de su cuerpo por todo el costado derecho. Cuando le pidió que cantara, ella lo convenció para que la acompañara y sus voces sonaron al unísono como si lo hubieran hecho toda la vida.

Ninguno de los dos quería irse a dormir, así que ella sugirió que bajaran a la cocina para una cena de medianoche. Cocinó unos huevos

revueltos con hierbas aromáticas y queso mientras él preparaba té y tostaba el pan. Laurel tenía unos conocimientos básicos de cocina porque su madre creía que una mujer debía conocer cómo funcionaban todos los aspectos de una casa, pero la impresionó que lord Kirkland se moviera con cierta soltura en esos quehaceres.

En un gesto osado, ella sacó una botella del mejor vino blanco de su padre para acompañar la comida y la conversación se alargó toda la noche. Kirkland la animó a hablar de sí misma y su interés era embriagador.

A su vez, él le explicó historias divertidas sobre las peleas de sus padres. Su padre, británico y aristocrático, se había casado con la decidida hija de un comerciante escocés por su dinero, y el día que intercambiaron los votos matrimoniales fue la última vez que estuvieron de acuerdo en algo. La preferencia de Kirkland por su familia escocesa, más natural y sencilla, provocó que su padre lo enviara a la Academia Westerfield cuando se separaron.

A pesar de que las anécdotas eran divertidas, Laurel vislumbró el dolor y la soledad que había sentido de pequeño. Más adelante descubrió que Kirkland había revelado más información sobre sí mismo en una noche de lo que le había explicado a Daniel a lo largo de varios años de amistad.

Su encuentro terminó cuando la cocinera entró bostezando en la cocina para empezar a amasar el pan. Se rió y los mandó a sus habitaciones hasta que el resto de la familia se despertara. Laurel salió de la cocina a regañadientes, porque temía que la magia de aquella noche desapareciera por la mañana.

Pero no fue así. En lugar de acompañarla hasta su habitación, Kirkland y ella volvieron a la sala de música, donde los primeros rayos de sol entraban por la ventana. La agarró de los hombros y, con mucha convicción, dijo:

—Laurel, creo que deberíamos casarnos. ¿Quieres que hable con tu padre esta mañana?

Ella se quedó boquiabierta. A pesar de que las horas que habían pasado juntos habían sido muy intensas, la idea del matrimonio la sor-

prendió. ¿Aquel hombre, aquel joven lord tan brillante, quería casarse con ella? Entre tartamudeos, respondió:

—Me... Me parece que la respuesta correcta sería: «¡Señor, esto es muy repentino!»

—Sí, ya lo sé —respondió él, muy despacio, mirándola a los ojos—. Pero nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida.

Ella respiró temblorosa. Quería aceptar, pero era consciente de que aquella conversación se había convertido en una locura.

—¿Por qué yo? Seguro que has conocido a muchas otras mujeres más ricas, más guapas, más inteligentes.

—Puede que sí, pero, en cuanto te he visto, he sabido que eras la que estaba buscando —respondió él, con mucha sinceridad—. Podemos tomarnos el tiempo que quieras para conocernos mejor, pero, por favor, no dígas que no. Te necesito.

El poder de su certeza la arrastró como una tormenta de verano y su alma reflejó la misma certeza. A pesar de que nunca había creído en el amor a primera vista, ahora veía que era posible. Todavía había muchas cosas que no sabían el uno del otro, pero, a un nivel de verdad muy profunda, Laurel sabía que estaban destinados a estar juntos.

Debía de estar loca, pero puso a prueba su convicción, se puso de puntillas y le dio un tímido beso. Tenía los labios cálidos y firmes. Embriagadores. Él contuvo el aliento, la rodeó por la cintura y le devolvió el beso con ternura y un ansia tan profunda que ella la sintió en los huesos.

Desde el momento en que se habían conocido, había sabido que era un hombre apasionado. Y ahora estaba descubriendo que ella era una mujer apasionada. La habían besado varias veces y siempre le había parecido algo poco interesante.

Sin embargo, con James Kirkland, su cuerpo y su alma ardían en llamas. Se pegó a él y abrió la boca para explorar sin reparos. No le extrañaba que los hombres y las mujeres hicieran auténticas locuras por amor, descubrió medio mareada. Quería hundirse en él, fundirse con él, quería que él se hundiera en ella...

Kirkland puso fin al beso con la respiración entrecortada, la agarró por los brazos y retrocedió ligeramente.

—Espero que esto signifique que, al menos, estás dispuesta a considerar mi proposición.

Cualquier duda se desvaneció y Laurel le sonrió, porque era más feliz que nunca.

—Creo que tienes razón. Deberíamos casarnos, porque no me puedo imaginar sentir esto por cualquier otro hombre.

Kirkland brilló de felicidad y volvió a besarla. La sensación de que estaban haciendo lo correcto era irresistible y ella se entregó sin pensárselo dos veces. Estaban destinados a estar juntos, estaba segura...

Cuando Laurel volvió a la realidad, vio que había retrocedido unos pasos. Estaba temblando y tenía los dedos pegados a los labios, como si todavía pudiera sentir esos besos.

Si pudiera odiar a Kirkland... Pero no podía. Era incapaz de odiar. En cambio, tenía un agujero agonizante en el corazón porque el abismo entre ellos era demasiado grande para unirlos de nuevo.

Sus padres se quedaron muy sorprendidos cuando ella y Kirkland decidieron casarse basándose en una conversación que se había alargado toda la noche, pero también estaban eufóricos ante la idea de que su hija hubiera encandilado a tan buen partido. A pesar de que los Herbert eran miembros respetados de la alta burguesía, su familia no poseía títulos, ni grandes fortunas, ni tenía contactos políticos. Pero ahora su hija sería condesa.

Invitaron a Kirkland a quedarse en su casa durante el mes que faltaba para el decimoctavo cumpleaños de Laurel. Durante ese tiempo, los dos podrían seguir conociéndose. Llegada esa fecha, si todavía querían casarse, podrían hacerlo en la iglesia parroquial.

A pesar de que era lógico tomarse más tiempo, nada de lo que sucedió en las siguientes semanas hizo que el compromiso pareciera un error. Cada día quería más a James. Reían, hablaban y tocaban el piano juntos.

Él encargó libros para que ella los leyera y la escuchaba con atención mientras los comentaban. Una de las cosas que más le gustaban

era cómo respetaba su inteligencia y la animaba a formarse sus propias opiniones.

Lo observó detenidamente por si encontraba alguna señal de que se hubiera arrepentido del compromiso, pero no encontró ninguna. Siempre que la veía se le iluminaba la cara, y se dio cuenta de que su sola presencia lo hacía más feliz de lo que había sido jamás. Ya había dejado de intentar entender por qué. Estaba agradecida de que estuvieran tan a gusto juntos.

Lo curioso es que el único que tenía serias dudas era Daniel, que era quien mejor conocía a Kirkland. Cuando su hermano le comentó que James era un tipo complicado y rebuscado, ella se rió. Por supuesto, su marido y ella no siempre estarían de acuerdo en todo. Les pasaba a todas las parejas, pero el amor que sentían era demasiado fuerte y verdadero para ignorarlo.

Echando la mirada atrás, hacia aquel tiempo de absoluta certeza y felicidad, sabía que la fuerza y la autenticidad de su amor era verdad. El error más trágico había sido ser demasiado joven e inocente para saber que el amor no siempre es suficiente.

3

Los recuerdos de Laurel terminaron cuando Kirkland se movió, agitado, con la cara cubierta de sudor. Ella frunció el ceño y le sirvió otra taza de infusión. Necesitaba el remedio y el líquido. Había tratado a suficientes pacientes con fiebre para saber que el proceso podía ser muy impredecible; podía alternar escalofríos con fiebre y, en el peor de los casos, con delirios. Esperaba estar administrándole el remedio lo suficientemente pronto para evitar que la enfermedad empeorara.

Lo incorporó con la ayuda de las almohadas y, muy despacio, lo obligó a beberse la infusión. Tenía el pelo negro empapado de sudor y necesitaba que se lo cortaran. Siempre lo había llevado un poco más largo de lo que mandaban los cánones estéticos. A pesar de que vio algunas arrugas alrededor de los ojos, la sorprendió lo poco que había cambiado.

Qué tenía ahora, ¿treinta y dos años? Un hombre en la flor de la vida. Cuando se conocieron tenía veintiuno. Era muy joven. Acababa de salir de Oxford y no hacía ni un año que había tomado posesión de toda su herencia.

A ojos de Laurel, era un hombre de mundo maduro, pero, en retrospectiva, se daba cuenta de que apenas eran dos críos. ¡Si al menos hubieran tenido la sensatez de esperar! Pero con la pasión corriendo por las venas, esperar era intolerable y no había nada que les impidiera casarse.

—¡Desgraciado, no te saldrás con la tuya! —exclamó Kirkland, con la voz rota. Dibujó un arco con el brazo, golpeó a Laurel en la mejilla y estuvo a punto de tirarla al suelo.

Empezó a moverse como si estuviera peleando por su vida. Laurel tenía miedo de que acabara cayendo de la mesa de curas, así que lo sujetó por el hombro.

—¡James, deja de pelear! —le dijo—. Ya estás a salvo. Estoy contigo y estás a salvo.

Él dejó de moverse y levantó la cabeza para mirarla con unos ojos desubicados.

—¿Laurel? ¿De verdad que eres tú?

Ella lo acarició, le echó el pelo hacia atrás y, con ternura, dijo:

—Sí, James. Te ha dado un ataque de fiebre, pero aquí estás a salvo. Te pondrás bien.

—¡Oh, Dios, Laurel! —La agarró por la cintura, la subió a la mesa a su lado y la abrazó con fuerza—. He tenido el sueño más terrible del mundo. Creí que te perdía para siempre. Miraba por todos lados y no te encontraba. —La agarró con más fuerza y susurró—: No estabas y tenía miedo. Mucho miedo...

Ella contuvo el aliento porque la sorprendió estar pegada a su cuerpo prácticamente desnudo. Sabía que debería soltarse, pero el hecho de que aquello pareciera tan correcto la paralizó.

Y lo más sorprendente era comprobar la emoción y la necesidad que se reflejaban en la voz de James. Cuando lo abandonó, pareció que le daba igual, como si le aliviara saber que ya no tendría que dedicarle tiempo y atención. No había demostrado ningún dolor.

Mientras intentaba controlar los temblores, Laurel dijo:

—No me he ido a ninguna parte; estoy aquí. Tienes que descansar y seguir bebiendo la infusión de corteza de jesuita. Por la mañana estarás bien.

—Ahora que he vuelto a encontrarte, no pienso dejarte nunca.

Rodó y se colocó encima de ella. La besó con pura pasión, como si quisiera besarle el alma.

Toda precaución desapareció al instante y ella le devolvió el beso; se alimentó de su boca como si estuviera moribunda y su pasión fuera el néctar de la vida. Después de todos aquellos años de lágrimas de soledad y tristeza y de sueños frustrados, ella estaba tan impaciente como él.

James la acarició y le rozó la deliciosa piel mientras sus besos ardían en la noche. Cuando le sostuvo los pechos en las manos, Laurel notó cómo la entrepierna clamaba su atención. Y en cuanto él le subió la

falda y le acarició el muslo, se volvió loca y todo su cuerpo estuvo preparado. Separó las piernas y gritó cuando por fin le rozó la cumbre húmeda, desesperada por alcanzar el alivio que le ofrecía.

Apenas se dio cuenta de que él se quitó los calzoncillos, pues estaba preparada, y más que eso, cuando él la penetró en un gesto íntimo.

—Laurel, mi amor —jadeó—. Te he echado tanto de menos...

Ella necesitaba aquel encuentro sexual tanto como él. A lo largo de aquellos años solitarios, había soñado muchas veces con los breves y felices meses de su matrimonio. A pesar de que las diferencias, al final, habían resultado ser irreconciliables, en la cama jamás habían tenido ningún conflicto.

—Oh, Dios... —gruñó James, y se vació dentro de ella, sacudiéndose de tal manera que perdió la noción del tiempo y el espacio. Sólo respiraba la pasión que los unía. Laurel había estado vacía durante mucho tiempo, y ahora él la había llenado.

Gritó y se pegó a él, relajó el cuerpo cuando la tensión fue aflojando, y se quedó con una sensación de paz y plenitud. Él también se relajó y murmuró palabras ininteligibles que ella sabía que contenían amor.

Laurel quería que aquella profunda y traicionera sensación de estar en lo correcto durara para siempre, pero sabía que sólo era una ilusión. Puesto que estaban casados, a ojos de la sociedad no habían pecado, pero ella sabía que estaba mal. Había abandonado a su marido por un buen motivo, pero, esta noche, había sido débil y había sucumbido al vínculo físico que todavía los unía. ¿En qué diantre estaba pensando?

De hecho, no había pensado. Sólo había reaccionado a su contacto y a sus necesidades urgentes. Empezó a deslizarse de debajo de su peso.

A pesar de que todavía estaba delirando, James se movió para dejarla salir de debajo de él, pero la agarró de la mano para que no se alejara. En lugar de soltarse, Laurel respiró hondo para recuperar la compostura. Luego, lo observó a través de los ojos de la experiencia.

Aunque James todavía tenía fiebre y no sabía dónde estaba, se había calmado y se había dormido. Durante el tiempo que estuvieron juntos, tuvo dos ataques de fiebre. La segunda vez, hicieron el amor justo antes de que la fiebre le subiera demasiado. Sí, tenía fiebre, pero se había mos-

trado consciente y apasionado. Después, se había quedado profundamente dormido y, por la mañana, se despertó sin fiebre. Cuando le dio un beso de buenos días, le dijo que ella era la mejor medicina del mundo.

Laurel sospechaba que la corteza de jesuita era más fiable, pero, por lo visto, su presencia era buena para él. Su intuición de enfermera le dijo que había muchas posibilidades de que, otra vez, James durmiera toda la noche y se despertara sin fiebre.

No podía deshacer lo que acababa de pasar. De hecho, tampoco deseaba que no hubiera pasado. Pero sí que podía no compartirlo. Cuando tenía fiebre, James soñaba cosas muy extrañas. Si se comportaba con calma y mantenía las distancias, él creería que su encuentro sexual sólo había sido un sueño.

Tenía que lavarse, y a él también, y ponerle una camisa de dormir para que no quedara ni rastro de su encuentro. Cuando se despertara, ella avisaría a sus criados para que vinieran a buscarlo y sería como si aquella locura pasajera nunca hubiera sucedido. James regresaría a su mundo complicado y ella seguiría con su trabajo, lo que daba sentido a su vida.

Y volvería a enterrar su corazón una vez más.

«*L*aurel.»

Gradualmente, Kirkland salió de la oscuridad y regresó a la conciencia, nadando en un mar de bienestar. Había soñado con su mujer, algo que era habitual, pero casi siempre ella desaparecía cuando la abrazaba y lo dejaba frustrado. Esta vez, en cambio, había tenido uno de los pocos sueños de satisfacción y con un nivel de realismo pasmoso.

No obstante, no podía negar la realidad. Le dolía el cuerpo entero y, sobre todo, la cabeza. ¿Qué había pasado? ¿Y dónde estaba?

Aquel lugar no le sonaba, eso seguro, pero estaba bastante cómodo, tendido en una cama firme pero acolchada y con sábanas y colcha limpias. De repente, lo recordó todo. Había sufrido un ataque de fiebre mientras caminaba por Bristol y su estado de debilidad le había impedido defenderse de dos asaltantes.

Reconoció el aroma a lavanda, seguramente de las sábanas. Y seguro que por eso los recuerdos de Laurel habían sido tan reales. A menudo solía llamarla lady lavanda, porque solía perfumarse con ese aroma.

A regañadientes, abrió los ojos y vio un techo liso y de color claro. Incluso aquel gesto era costoso.

—Veo que ya te has despertado.

Aquella delicada voz femenina llegó de su derecha y lo dejó helado.

Volvió la cabeza tan deprisa que se mareó. Laurel estaba sentada en una silla junto a la cama, zurciendo. Verla hizo que recordara apasionadamente las sensuales imágenes del sueño. Su sabor, su olor, la sedosa calidez de su piel, la bienvenida que le había dado su cuerpo...

Apretó la mandíbula y borró esas imágenes de la cabeza, pero no podía borrar la realidad de su presencia. Incluso después de diez años, le resultaba dolorosamente familiar. Llevaba el precioso pelo de color bronce recogido a la espalda y era tan preciosa que le dolía el corazón.

Pero ya no era la chica con la que se había casado. Su actitud abierta hacia él y hacia el mundo había desaparecido y, en su lugar, había adoptado una posición de distancia fría. Seguro que su gloriosa calidez no había desaparecido del todo, pero ya no era para él. En ese momento, su corazón murió un poco.

No obstante, seguía siendo su mujer. Y todavía la quería.

—Lo siento, Laurel —dijo, en un susurro ronco—. No querías volver a verme y aquí estoy.

Ella dejó la ropa que estaba zurciendo en una cesta que había en el suelo.

—No es culpa tuya, James. Te ha dado un ataque de fiebre y dos ladrones te han atacado cerca de aquí. Dos hombres de nuestra parroquia te han encontrado y te han traído a la enfermería.

Mientras intentaba pensar qué decir a la esposa que hacía diez años que no veía, notó un golpe en la cadera izquierda. Volvió la cabeza con cuidado y se encontró con los ojos dorados de un enorme gato, que estaba acurrucado a su lado. Le había dado un golpe con la cola.

Parpadeó.

—¿Es aquel cachorro gris que me hiciste rescatar del lago hace tantos años?

—Sí, es *Sombra*. Ahora ya ha crecido. Se pasea a sus anchas por la enfermería.

Kirkland le rascó el cuello y el animal lo recompensó con un suave ronroneo.

—Sí que ha crecido, sí.

—Le gusta comer, pero es un buen gato. Los pacientes que vienen con cierta regularidad lo buscan. —Le colocó una mano helada en la frente—. Ya no tienes fiebre, pero seguro que tienes sed. Toma. Te irá bien para la garganta.

Sirvió algo de una jarra de cerámica en una taza, colocó una mano debajo de las almohadas y le levantó la cabeza lo suficiente como para que pudiera beber. Tenerla tan cerca era sofocante.

No siguió por ahí y se bebió el caldo de pollo, que estaba caliente y muy bueno. Odiaba esos momentos de debilidad, pero siempre le sucedía lo mismo después de un brote de fiebre. Le ayudaba a mantener los pies en la tierra.

Se terminó el caldo y se dejó caer en las almohadas otra vez. Su cuerpo necesitaba descansar un poco más, pero no quería cerrar los ojos y perderse la milagrosa visión de su mujer.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Llegaste ayer por la noche. Conseguí que te bebieras varias tazas de infusión de corteza de jesuita y, por lo visto, ha servido para bajar la fiebre. ¿Quieres más caldo? —Cuando él meneó la cabeza, ella dejó la taza en el mostrador—. Imagino que tus criados estarán desesperados. Dime en qué hostería te hospedas y haré que alguien los avise.

—En La Ostra. —Se le cerraron los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para abrirlos—. ¿Daniel vendrá después o no quiere hablar conmigo?

—Estará fuera unos días. Está de gira quirúrgica por Gales.

Kirkland arrugó el ceño.

—¿De gira quirúrgica?

—Varias veces al año, visita zonas donde no hay médico ni cirujano y atiende a las personas que lo necesitan —explicó ella.

—Daniel el santo —murmuró Kirkland, que no pudo evitar una nota de sequedad en la voz—. Siempre le interesó la medicina y supe que sería médico, pero ¿cómo llegó a serlo después de estudiar autores clásicos y teología en Oxford?

Laurel lo miró con cierta frialdad.

—Siempre quiso estudiar medicina, pero a mis padres les parecía un oficio demasiado vulgar. Dijeron que si a pesar de heredar todas las propiedades de la familia insistía en estudiar una carrera, debería entrar en la iglesia y no le pareció mal. No decidió estudiar medicina hasta que te abandoné y mis padres no me dejaron volver a casa. Dijeron que tenía dos opciones: volver contigo o morirme de hambre.

Kirkland hizo una mueca.

—No lo sabía. Deberías haberles explicado que todo fue culpa mía.

—Ya lo hice —replicó ella, todavía más distante—. Pero eras un conde y, por lo tanto, mi deber era aceptar cualquier pequeña excentricidad que pudieras tener. Fui una descarada y una vergüenza para la familia por haberte abandonado.

A Kirkland todavía le dolió más la cabeza.

—¿Y por eso Daniel y tú os fuisteis a vivir juntos?

Ella asintió.

—Estaba muy furioso con nuestros padres. Y como insististe en ofrecerme una pensión de separación muy generosa, pudimos vivir tranquilamente mientras Daniel se sacaba el título de médico. —Con la mano, hizo un gesto que englobaba todo lo que los rodeaba—. Cuando terminó los estudios, compramos esta casa y montamos la enfermería. Más adelante, compramos la casa que está justo detrás y la convertimos en un refugio para mujeres y niños que huían de hombres peligrosos y violentos. Zion House. —Entrecerró los ojos—. Pero seguro que un espía tan bueno como tú ya sabía todo esto.

—Sabía dónde vivías, pero nada más —respondió él. Como también quería oír las malas noticias, preguntó—: ¿Y Daniel sigue odiándome?

Ella dudó un poco más de la cuenta.

—No es capaz de odiar a nadie. Pero, como es una persona leal a su hermana pequeña, te sigue considerando responsable de... de...

Volvió a dudar.

—¿De arruinarte la vida? Está en todo su derecho.

De no haber sido por él, Laurel se habría casado con un hombre normal y, a estas alturas, ya tendría un hogar y una familia. Sin embargo, ahora flotaba en el limbo, porque no era una mujer soltera, pero tampoco una esposa con todas las de la ley, dormía sola y no tenía hijos. Bueno, suponía que dormía sola. Aunque no podía soportar la idea de que estuviera con otro hombre, tampoco podía culparla si había encontrado a alguien que la calentara por las noches.

—No me arruinaste la vida —dijo ella, muy tranquila—. Sólo me pusiste en un nuevo camino, y no tiene por qué ser peor. El trabajo que hago aquí es importante, James. Si fuera simplemente una esposa, mi vida sería más sencilla y superficial.

Le sorprendió que creyera que la vida con él habría sido superficial, pero, al menos, había cerrado el capítulo de su matrimonio fallido sin amargura. Siempre había tenido el don de saber apreciar el presente sin perder el tiempo anhelando lo que no tenía.

Sin embargo, y aunque no lo odiara, había un muro invisible que la rodeaba y que dejaba claro que debería mantener las distancias. Y no le costaría demasiado, porque no tenía las fuerzas necesarias para levantarse y cruzar la sala.

A pesar de que su cuerpo pedía más descanso, no quería que la conversación terminara.

—¿Todavía tocas el piano?

—Por supuesto. —Sonrió con un punto de sorna—. Hasta los reformistas más estrictos como yo necesitamos nuestros pequeños placeres. El piano Broadwood que me diste está en la sala de música, arriba. Nos costó mucho subirlo.

James le miró la mano izquierda y se preguntó qué habría hecho del anillo de casada.

—El Broadwood es un instrumento precioso, pero me sorprende que te quedaras con algo que te había regalado yo.

—Tiene un tono tan bonito que no habría podido separarme de él. —Ladeó la cabeza—. ¿Tú sigues tocando? ¿O no tienes tiempo?

—Toco de vez en cuando. —Cuando Laurel lo dejó, tocar el piano era su mayor placer, puesto que podía hacerlo solo y siempre conseguía relajarse. Había mejorado mucho con el paso de los años, pero nunca sería tan bueno como ella, que tenía un talento descomunal—. Siento no poderte oír tocar el piano. Me gustaría poder volver a hacerlo.

—Tengo una pequeña arpa en la enfermería —dijo ella, algo dubitativa—. Si quieres, puedo tocarla.

—No sabía que tocabas el arpa. Me encantaría oírte.

Ella dejó la labor a un lado y se levantó.

—Ahora mismo vuelvo. A no ser que quieras algo más.

Sólo a ella.

—La música es más que suficiente. Es el alimento del alma, ya lo sabes.

Ella asintió y salió de la sala. Por suerte, regresó antes de que James se hubiera vuelto a dormir. El arpa que llevaba en las manos era del tamaño adecuado para poder transportarla y se la colocó en el regazo cuando se sentó. Él observó el instrumento mientras Laurel lo afinaba.

—Nunca había visto un arpa como esa.

—Pertenece a una señora mayor irlandesa que vivía aquí en Bristol. Solía ir a visitarla cada semana. Le llevaba una cesta de comida y la señora Donovan me explicaba historias maravillosas. Como tenía los dedos demasiado rígidos para tocar el arpa, me enseñó para que se la tocara yo. —Recorrió las cuerdas con suavidad con los dedos para afinarla. Aquel pequeño instrumento tenía un sonido sorprendentemente profundo y rico—. Me pidió que la tocara mientras estaba moribunda y luego me la dejó en herencia. Era su posesión más querida.

Kirkland se había casado con una santa. No era de extrañar que el matrimonio hubiera durado tan poco cuando ella había descubierto la clase de pecador que era.

No obstante, ahora podía disfrutar del inesperado regalo de poder pasar un tiempo con ella. Puede que no se repitiera, así que pensaba

disfrutar de cada instante para poder renovar los recuerdos de cara al futuro. Y el recuerdo más dulce sería ese sueño tan íntimo que nunca había pasado...

Laurel empezó a tocar una evocadora melodía irlandesa y cantó con su delicioso contralto.

«El juglar se ha ido a la guerra, lo encontraréis en los rangos de la muerte; se ha ceñido la espada de su padre, y se ha colgado el arpa a la espalda...»

James cerró los ojos y dejó que la música flotara por sus venas. En las notas líquidas reconoció la dulce calidez que, cuando se conocieron, era la esencia de Laurel. Le alegraba saber que debajo de la fría y controlada superficie aquella calidez sobrevivía. Y, aunque fuera por un instante, él tenía el privilegio de disfrutarla una vez más.